

char contra la necesidad del descanso, que os morís de sueño. Quisiera poder ofrecer os á cada una de vosotras un dormitorio colgado de tapicerías con pasadizo y gabinete, pero mi pobre castillo cae en ruinas como mi raza de la que soy yo el último... Os cedo mi dormitorio, el único en el que puede decirse que no llueve; en él os acomodareis con la señora; la cama es ancha, y una noche pronto pasa. Esos señores permanecerán aquí, y se acomodarán en los sillones y en los bancos... Sobretudo, no vayais á tener miedo de las ondulaciones de los tapices, ni de los gemidos del viento al colarse por el cañon de la chimenea, ni de las zarabandas de los ratones; puedo aseguraros que, si bien el sitio es asaz lúgubre, no hay en él fantasmas.

—Yo, que represento las Bradamante y no soy cobarde, me encargo de tranquilizar á la tímida Isabel,—dijo Serafina riendo;—en cuanto á nuestra dueña, tiene algo de bruja, y si el diablo nos aparece, encontrará con quien hablar.

Sigognac tomó una luz, y condujo las damas al dormitorio, cuyo aspecto pareció á éstas realmente muy fantástico, pues la temblorosa llama de lámpara, agitada por el viento, hacia vacilar sombras extrañas por las vigas del techo y brotar formas monstruosas de los rincones no iluminados.

—Hé aquí una excelente decoracion para un quinto acto de tragedia,—dijo Serafina, paseando una mirada á su alrededor, mientras Isabel no podia contener una convulsion, mitad de frio, mitad de terror, al sentirse envuelta por aquella atmósfera de tinieblas y de humedad.

Las tres mujeres se deslizaron, sin desnudarse, debajo del cobertor, colocándose Isabel entre Serafina y la dueña, á fin de que si alguna peluda pata de fantasma ó de íncubo salia de debajo de la cama, encontrase primero una de sus compañeras. Las dos valientes se durmieron pronto, pero la temerosa jóven permaneció largo tiempo con los ojos abiertos y fijos en la condenada puerta, como presintiendo más allá

de ésta mundos de fantasmas y de terrores. Sin embargo la puerta no se abrió, y no penetró por ella ningun espectro envuelto en blanco sudario y sacudiendo sus cadenas, si bien de cuando en cuando se dejaban oír ruidos singulares en las vacías habitaciones. A pesar de todo, el sueño acabó por arrojar su polvo de oro sobre los párpados de la temerosa Isabel, y su acompasado aliento se juntó pronto al más acentuado de sus compañeras.

El Pedante dormia á pierna suelta, echado de bruces sobre la mesa, delante del Tirano que roncaba como cañon de órgano y mascullaba, soñando, algunos hemistiquios de alejandrinos. El Matamoros, con la cabeza apoyada en el respaldo de un sillón, los piés estirados sobre el morillo de la chimenea, y embozado en su cenicienta capa, tenia el aspecto de un arenque envuelto en un papel. Para no descomponerse los rizos, Leandro tenia la cabeza derecha y dormia todo de una pieza. Sigognac se habia acomodado en un sillón que quedara vacío; pero los sucesos de la noche le habian agitado de tal suerte que no pudo pegar los ojos.

Dos mujeres jóvenes no se cruzan en el camino de la vida de un jóven sin turbarla, máxime cuando este ha vivido hasta entonces triste, casto, privado de todos los placeres de su edad por esta dura madrastra llamada miseria.

Diríase que no es verosímil que un mozo de veinte años haya vivido sin amoríos; pero Sigognac era orgulloso, y no pudiendo presentarse con el tren correspondiente á su rango y á su nombre, no se movia de su castillo. Sus padres de quienes, sin avergonzarse, hubiera podido reclamar su apoyo, habian muerto, y se hundia cada dia más profundamente en el retiro y el olvido.

Más de una vez, durante sus solitarios paseos, habia encontrado á Yolanda de Foix montada en su blanca hacanea, cazando el ciervo en compañía de su tío y de jóvenes de la nobleza, deslumbradora vision que á menudo se cruzaba en sus sueños; pero ¿qué relacion podia jamás existir entre la bella y



rica castellana y él, pobre hidalgo arruinado? Léjos de buscar llamar su atención, cada vez que la casualidad le ponía delante de ella, procuraba esconderse lo más que podía para no exponer á la risa su abollonado y lastimoso fieltro, su plumero roído de ratones, sus vestidos pasados de moda, ajados y holgados en demasía, su pacífico y viejo jaco, más propio para servir de cabalgadura á un cura rural que á un noble; porque nada más triste para un corazón sensible, que parecer ridículo á los ojos del objeto amado. Sigognac, para ahogar en germen su pasión, se había sin embargo hecho todos los frios raciocinios que inspira la pobreza. ¿Triunfó?... Es lo que no podemos decir. Él así lo creía. Había rechazado aquella pasión como una locura, pues se encontraba ya suficientemente desgraciado, para añadir á sus dolores los tormentos de un amor imposible.

La noche transcurrió sin más incidente que un susto de Isabel causado por Belzebú, que se había enroscado sobre su pecho, y no quería marcharse, encontrando el cojín agradable por demás.

Sigognac no pudo pegar los ojos, sea por no estar acostumbrado á dormir fuera de su cama, ó porque la proximidad de las lindas mujeres le llenara la fantasía.

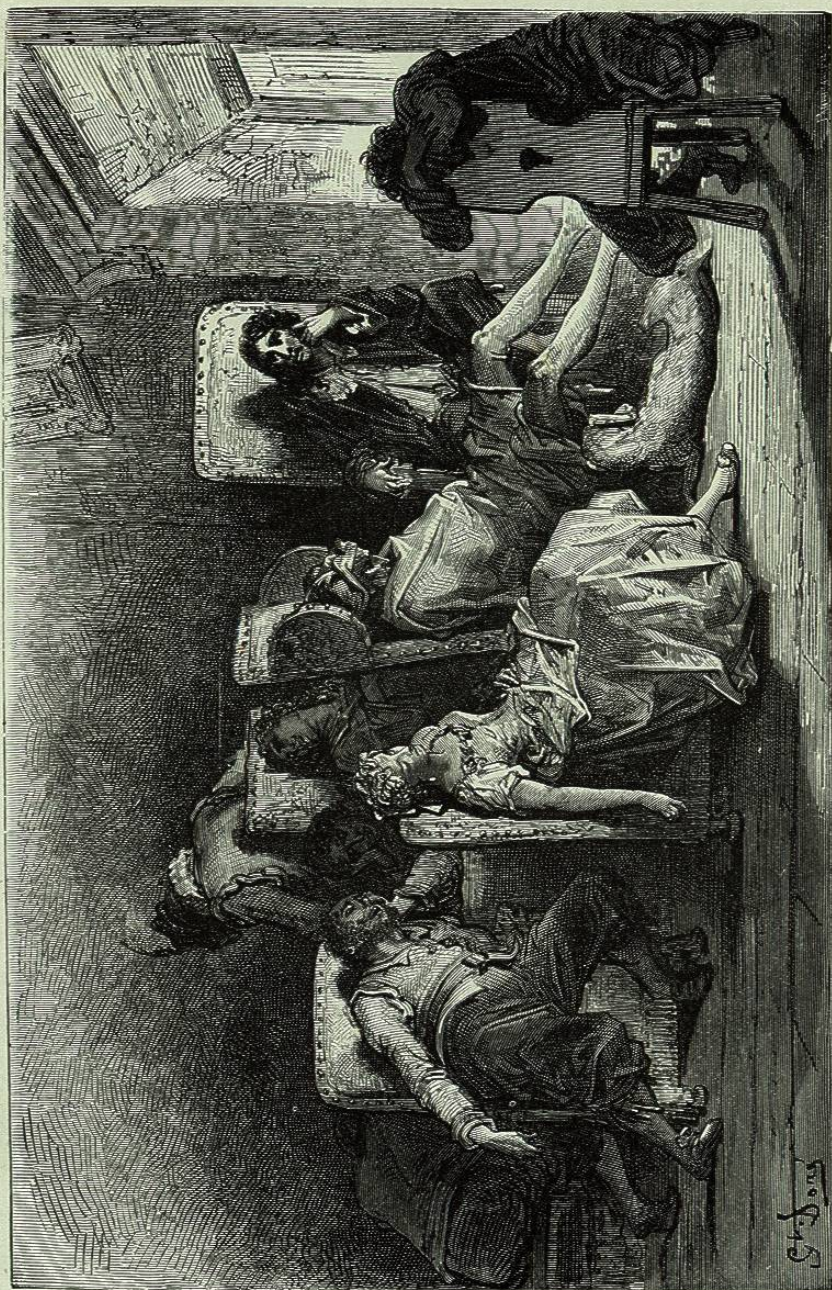
Nosotros nos inclinamos á creer que en su ánimo empezaba á dibujarse un vago proyecto que le tenía desvelado y perplejo. La venida de los cómicos le parecía un aviso de la suerte y como una embajada de la fortuna para invitarle á salir de su feudal morada donde sus juveniles años se consumían en la sombra y languidecía sin provecho su vida.

El día empezaba á levantarse, y ya algunos azulados resplandores filtrando á través de las mallas de plomo de las ventanas, hacían aparecer la luz de las lámparas, próxima á extinguirse, de un amarillo lívido y macilento. Los rostros de



LA NOCHE TRASCURRIÓ SIN MAS INCIDENTE QUE UN SUSTO DE ISABEL  
CAUSADO POR BELZEBÚ.





SIGOGNAC NO PUDO CERRAR LOS PÁRPADOS.



los dormilones tomaban un aspecto singular al doble reflejo y aparecían cortados por mitad, de colores distintos, como los bufones de la Edad Media.

Leandro tomaba tonos de cirio amarillo y parecía á esos San Juan de cera con peluca de seda cuyo color se ha caído á pesar de la campana de cristal en que están metidos; el Matamoros, con los ojos cerrados, salientes los pómulos, tendidos los músculos de las mandíbulas, la nariz afilada como si hubiese sido pellizcada por los descarnados dedos de la muerte, tenía el aspecto de su propio cadáver. Una rojez violenta mezclada de manchas apopléticas jaspeaba la carantamaula del Pedante, los rubíes de cuya nariz se habían trocado en amatistas, y en cuyos gruesos labios aparecía la azulada flor del vino. Algunas gotas de sudor, rodando á través de los torrentes y las contra escarpas de su frente, se habían detenido en las malezas de sus entrecanas cejas, y las mejillas le caían como pedazos de putrefacta carne colgada. El entorpecimiento de un sueño pesado hacía más asquerosa aquella cara que, despertada y vivificada por el fuego de la vida, parecía jovial; inclinado de aquella suerte sobre el borde de la mesa, el Pedante hacía el efecto de un viejo gloton reventado de destemplanza y tendido en un foso despues de una bacanal. La fisonomía del Tirano había sufrido apenas alteracion; su cabeza de Hércules bonachon, de verdugo paternal, no consentía cambio notable. La doncella soportaba también tal cual la visita indiscreta del día; sus ojos, rodeados de un oscuro círculo, sus mejillas jaspeadas de algunas manchas violáceas eran las únicas señales que indicaban la fatiga de una noche pasada con pocas comodidades. Un húbrico rayo de sol, deslizándose á través de las botellas vacías, los vasos medio llenos y los restos de la cena, iba á acariciar la barba y la boca de la jóven como un fauno á una ninfa dormida. Los rostros biliosos de las castas damas de la galería intentaban ruborizarse debajo del barniz que las cubría á la vista de su soledad violada por aquella compañía de cómicos,